

critor de espléndidas amarguras. Diré más: de la amargura más ardiente y difícil, la que se lleva bien con la pasión y hasta con el cariño. Sus invectivas, a pura enumeración de hechos reales, sin ademanes descompuestos ni interjecciones, son de una eficacia mortal. Recuerdo para siempre una página: la que declara la terrible inutilidad de todo escritor argentino y la fantasmidad de su gloria y la perfecta aniquilación que es su muerte.

Un admirable estudio. J.L.B.

La última frase era indudablemente irónica: el reseñador pensaba exactamente lo contrario de lo que allí se decía. ¿Qué molestaba a Borges en la obra mencionada? La exageración patética, la desmesurada carga negativa y derrotista de la interpretación histórica irracional que el autor proponía, la falta de análisis detenido de los datos concretos, el enorme embate negativo que el libro descargaba sobre todo lo divino y humano que había sido y era el país en esos años. Martínez Estrada condenaba el pasado, el presente y ponía sobre el futuro una como lápida inmodificable que el empirismo optimista de Borges no podía aceptar sin discusión.

Décadas más tarde, por una de esas situaciones un poco absurdas de la vida literaria, le tocó a Borges participar de un homenaje que se hizo a la *Radiografía*, con motivo de cumplirse 25 años de su publicación. Con una de esas fintas tan suyas, Borges eludió referirse al texto que se conmemoraba y prefirió en cambio elogiar al poeta Martínez Estrada (como ya había hecho en la *Antología poética argentina* que había publicado con Silvina Ocampo y Bioy Casares, en 1941, donde decía que don Ezequiel era el más grande poeta argentino...). La crónica de *La Nación* acotaba:

... El autor de *Ficciones* comenzó diciendo que la primacía de Martínez Estrada como descifrador de nuestra realidad es indiscutible, pero que no faltaron maliciosos que soslayaron los valores de su obra poética. A ella, precisamente, se refirió en particular a través de una prolija exposición... Borges... asoció la obra poética de Lugones con la de Martínez Estrada... (4 de diciembre de 1958).

Las relaciones de ambos escritores, como sabemos, se habían deteriorado ruidosamente y Borges publicó una vitriólica nota titulada: «Una efusión de Martínez Estrada» (*Sur*, 242, 1956).

Por esa década del 50, en que el existencialismo de Camus y Sartre hizo muchos discípulos en Buenos Aires, Borges se sintió obligado a rechazar públicamente y de plano los ensayos de Héctor Álvarez Murena, seguidor confeso de Martínez Estrada, quien en varios textos ensayísticos había expresado ideas que proclamaban la carencia de historia en América, la falta de relación cultural con Europa, la soledad sin pasado ni futuro del hombre americano (desde Poe hasta Martín Fierro), el todopoder de la geografía sobre los hombres, la carencia metafísica de raíces y de cultura en el continente (todas formas más o menos exageradas o modificadas de las ideas martinezestradianas). Así respondió Borges sin citar al autor:

Llego a una tercera opinión que he leído hace poco sobre los escritores argentinos y la tradición, y que me ha asombrado mucho. Viene a decir que nosotros, los argentinos, estamos desvinculados del pasado; que ha habido como una solución de continui-

dad entre nosotros y Europa. Según este singular parecer, los argentinos estamos como en los primeros días de la creación; el hecho de buscar temas y procedimientos europeos es una ilusión, un error; debemos comprender que estamos esencialmente solos, y no podemos jugar a ser europeos.

Esta opinión me parece infundada. Comprendo que muchos la acepten, porque esta declaración de nuestra soledad, de nuestra perdición, de nuestro carácter primitivo tiene, como el existencialismo, los encantos de lo patético. Muchas personas pueden aceptar esta opinión porque una vez aceptada se sentirán solas, desconsoladas y, de algún modo, interesantes. Sin embargo, he observado que en nuestro país, precisamente por ser un país nuevo, hay un gran sentido del tiempo. Todo lo que ha ocurrido en Europa, los dramáticos acontecimientos de los últimos años en Europa, ha resonado profundamente aquí (O.C., 272).

En la larga carrera del Borges gustador de literatura ha habido admiraciones constantes, jamás cambiadas. Tres escritores parecen llevarse el cariño de toda su existencia de lector: uno, español, Quevedo; otro, argentino, Banchs, y otro, franco-argentino, Groussac, nombres que ya aparecen aceptados y leídos en la década de 1920 a 1930 y que seguirán intocados en su adhesión e interés. En el período ultraísta dos cuestiones preocuparon al entonces joven poeta y ensayista, recién llegado de sus estudios europeos y de su estadía española: a) la intención repetidamente expresada de participar e integrarse en una cultura nacional (lo que él denominó «lo criollo» y que la historia ha llamado *criollismo*), que suponía un interés y valoración positiva de textos, autores y motivos muy peculiarmente argentinos o rioplatenses; y b) la búsqueda de modelos o, por lo menos, la necesidad de encontrar un rumbo, un camino —elegido voluntariamente por Borges— para su realización como escritor. Pertenencia a una tradición cultural que lo uniera a lo peculiar y raigal de su país; búsqueda de un camino personal, que le permitiera ser él mismo y encontrar su «voz propia». Y aquí tocamos un tema polémico y complejo, que tiene que ver con todo el desarrollo de la cultura en la Argentina: ¿por qué razón estos hombres educados en la niñez en lenguas extranjeras (como Borges o Güiraldes, que aprendieron primero el inglés o el alemán, antes que el español y cuyas lecturas infantiles fueron, respectivamente, en inglés para el joven que viaja a Ginebra a hacer su bachillerato, en alemán para el autor de *Don Segundo Sombra*), llegan a un momento de su desarrollo intelectual y se sienten atraídos por lo criollo, lo telúrico, lo orillero, lo primitivo y gauchesco? ¿Búsqueda de raíces, deseos de pertenencia a una tradición, rechazo consciente de la cultura europea familiar, atracción por lo raigal americano, seducción por la barbarie? (Para reiterar una fórmula cara a cierta ensayística telúrica argentina).

Porque debe aceptarse como un hecho incontrovertible (aunque echa una sombra bastante incómoda sobre el admirado «cosmopolitismo» que muchos europeos y norteamericanos destacan en su obra y quieren ver como el rostro único de Borges), la coexistencia constante a través de toda su vida del *criollismo* y la preocupación metafísica, del gusto o la atracción por las orillas y el tango junto a sus lecturas y admiraciones por Whitman, por Stevenson, por las sagas escandinavas; ciertas paradojas del pensamiento de los presocráticos que se mezcla sin solución de continuidad

con sus observaciones al truco, a las milongas, al coraje del duelo criollo, a la gauchesca. Todos los que han escrito sobre Borges destacan que el criollismo es una de sus preocupaciones esenciales de la década 1920-1930. ¿Pero qué decir de la heterogeneidad de *El Hacedor* (1960), donde junto a su argumento ornitológico para demostrar la existencia de Dios y comentarios a pasajes de Dante leemos una visión metafísica del poder de Dios a través de la obra de Hernández componiendo el *Martín Fierro*, o el asesinato de César, que se pone a la par de la muerte de un oscuro gaucho del sur de la provincia de Buenos Aires? En 1964 (*El otro, el mismo*) coexisten, al parecer sin problemas para su autor, en el mismo libro, dos poemas en inglés y el recuerdo poético a un poeta menor de la *Antología Griega*, con el monólogo de quien va muriendo al ser degollado por los montoneros de Aldao (1829); Urbina, El Golem, Dante, un sajón del 449 de nuestra era se codean con el tango, los cuchilleros de Palermo, Sarmiento, Buenos Aires, compadritos... Para que no haya dudas Borges se da el gusto de publicar un año más tarde, en 1965, *Para las seis cuerdas*, once milongas en tradicionales y populares octosílabos, en alguna de las cuales Borges vuelve a usar el motivo del *Ubi sunt?* (como la Biblia, Villon y Quevedo), para preguntarse retóricamente «¿Dónde están los que salieron / A libertar las naciones / O afrontaron en el Sur / Las lanzas de los malones?» O, «¿Dónde está la valerosa / Chusma que pisó esta tierra?» (y directamente imitando a Manrique, en un guiño al lector entendido) «¿Qué fue de tanto animoso? / ¿Qué fue de tanto bizarro? / A todos los gastó el tiempo, /» (O.C., 957).

La doble vertiente borgiana, que Rodríguez Monegal explica por razones de influjo familiar y de rechazo de ese influjo, se da en las lecturas, el ensayo, la poesía y la narrativa. ¿Por qué destacamos esto? Porque solamente una poderosa necesidad de tratar e interesarse en ciertos temas y autores puede explicar la atención que un lector tan caprichoso, exigente y peculiar como Borges pudo prestar a autores difícilmente integrables a un horizonte cultural de lector hedónico e idiosincrático (para usar un anglicismo inevitable) como el que estamos tratando. Debe pensarse, sin duda, en una justificación muy hundida en el alma y la oscuridad de lo trófico, de lo inmediato, del inconsciente, de lo maternal y del entorno en el que se ha nacido, criado y vivido. Solamente esta necesidad poderosa de integrarse a una realidad nacional, al mundo breve y limitado de la ciudad en torno, puede explicar la atención por Almafuerte (que parece haber sido una pasión de todos los coetáneos de Borges), así como su deseo de escribir una biografía de Carriego, de comentar la historia y las letras de los tangos, de escribir esas páginas creadoramente logradas sobre los carteles de los carros de Buenos Aires. Solamente la pasión juvenil de integrarse en un grupo y a las preocupaciones, lecturas, figuras, valores de dicho grupo puede explicar la atención por Almafuerte. Leemos:

⁸ En *El Hogar del 9 de abril de 1937* apareció «Eduardo Gutiérrez, escritor realista», artículo que era una defensa y exaltación de un autor despreciado por la intelligentsia argentina de la época y que ya había dejado de leerse; pero era también un intento de revaloración, de mostrar sus valores concretos. Como siempre, destacaba su experiencia de lector, su vivencia exacta del texto, cómo éste lo había conmovido o exaltado. Y lo fundamental era lo épico, el movimiento, la acción, lo dramático, la ferocidad y la muerte como elementos básicos del arte del novelista ejerciéndose sobre el lector: sus peleas, la calidad verosímil de sus situaciones, su pintura de la maldad y del valor a través de las acciones de sus tipos y personajes (especialmente *Hormiga Negra*, delinciente engolosinado en matar y distribuir la violencia). Otra vez, Borges cita a Lugones (T.C., 116-19).

En su *Autobiographical Essay*, leemos: «My mother forbade the reading of Martín Fierro, since that was a book fit only for hoodlums and schoolboys and, besides, was not about real gauchos at all. This too I read on the sly», 210.

⁹ Sobre la lectura y reelaboración de temas gauchescos véase E. Rodríguez Monreal, «El Martín Fierro en Borges y Martínez Estrada» y H.M. Rasi, «Borges frente a la poesía gauchesca: Crítica y creación», ambos en *Revista Iberoamericana*, 87-88 (abril-septiembre 1974), que hemos utilizado en este trabajo. También, J. Cor-

casi todos los muchachos contemporáneos somos arrepentidos o apóstatas de Almafuerte... Almafuerte fue un compadrón... Un compadre que hubiera cursado el Juicio Final... compadre con pinta orillera... con alma de eternidad... durezas de ponientes y amaneceres, pampas furtivas del oeste y del sur, calles que se desplazan hacia el arroyo, están en la voz de Almafuerte. En la desesperada voz de Almafuerte (*El Idioma*, 35 y 41-43).

Ya en 1926 Borges declaraba que entre sus primeras lecturas de los diez años debían contarse «los novelones policiales de Eduardo Gutiérrez» (*El Idioma*, 101). Sabemos además que en la adolescencia, a escondidas, había comprado y leído *Martín Fierro*, en contra de las estrictas órdenes maternas, que consideraban reprochable su lectura y habían prohibido que el libro fuera leído por Georgie, ya que era la obra de un autor rosista⁸...

Antes de los treinta años Borges se muestra preocupado por sus modelos literarios y, en especial, interesado en encontrar su voz propia:

Plena eficiencia y plena indivisibilidad serían las dos perfecciones de cualquier estilo... Indesmentiblemente, la alcanzó Wilde. Perteneció a esa especie ya casi mítica de los prosistas criollos, hombres de finura y de fuerza, que manifestaron hondo criollismo sin dragonear jamás de paisanos ni de compadres, sin amalevarse ni agauchar-se, sin añadirse ni una pampa ni un comité... (*El Idioma*, 159-60).

Y más adelante, en el mismo libro, tratando sobre cuál debe ser la lengua de los escritores de su país, señala autores leídos y aceptados:

...el no escrito idioma argentino sigue diciéndonos, el de nuestra pasión, el de nuestra casa, el de la confianza, el de la conversada amistad. Mejor lo hicieron nuestros mayores. El tono de su escritura fue el de su voz; su boca no fue la contradicción de su mano. Fueron argentinos con dignidad: su decirse criollos no fue ni fue una arrogancia orillera ni un malhumor... Pienso en Esteban Echeverría, en Domingo Faustino Sarmiento, en Vicente Fidel López, en Lucio V. Mansilla, en Eduardo Wilde. Dijeron bien en argentino: cosa en desuso... el deber de cada uno es dar con su voz (*El Idioma*, 180-81).

En fecha tan temprana como 1925, ya nuestro autor ha leído y juzgado a todos los autores gauchescos, desde Hidalgo hasta el Viejo Pancho, pasando por Ascasubi, del Campo, Hernández. En *Inquisiciones*, *El Tamaño*, *El Idioma. Discusión*, aparecen distintos textos en los que están presentes juicios que en los años posteriores se ampliarán y desarrollarán, pero que no cambiarán demasiado. La exposición más detenida de sus ideas sobre el género está en «La poesía gauchesca», artículo agregado a la segunda edición de *Discusión* (1957). Allí se lee qué atraía a Borges de esa tradición: la exaltación alegre del valor, la aceptación sin excesivo sentimentalismo de la muerte y la violencia, cierto callado fatalismo, la amistad como algo más importante que el amor y la mujer se veía —y se sentía— como peligrosa y no absolutamente necesaria, la conciencia de que a los hombres les ocurre matar y, muchas veces, morir. Por eso sus preferencias se inclinaban más por Ascasubi y del Campo que por Hernández⁹.